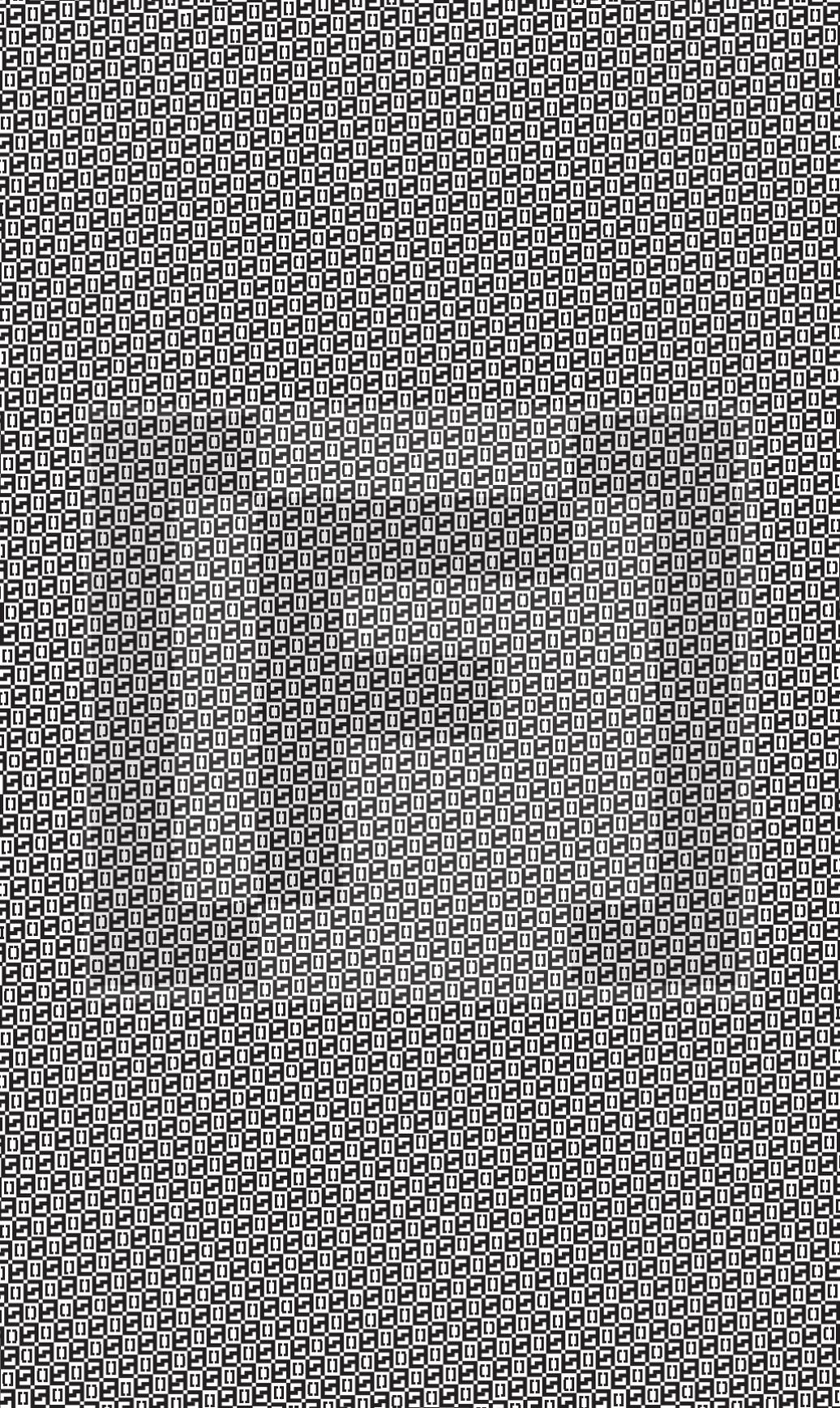




Las garras
del niño inútil
Luis Mey

**FACTOTUM
EDICIONES**



Las garras del niño inútil

Luis Mey



FACTOTUM
EDICIONES

Mey, Luis

Las garras del niño inútil / Luis Mey. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2016.

224 p. ; 23 x 14 cm.

ISBN 978-987-24579-9-0

1. Literatura Argentina. 2. Novela. 3. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© Luis Mey, 2010

© Factotum Ediciones, 2010-2016

Pasaje Rivarola 169 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

info@factotumediciones.com

Primera edición, 2010.

Primera reimpresión, 2013.

Segunda edición, 2016.

Edición: Andrea Stefanoni

Coordinación editorial: Renata Cerelli

Diseño y composición: Marco Alberto Guerra

Foto del autor: Gastón Bourdieu

Corrección: Juan Amitrano

ISBN 978-987-24579-9-0

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

*Yo era un niño, ese monstruo que los adultos
fabrican con sus penas.*

Jean-Paul Sartre

1

Me levanta a la mañana. Pa, papi, el viejo. Estoy en segundo grado. Es primavera; es sábado. Cuando uno nace con los pelos revueltos, no hay caso: peinándose, parece despeinado. Y tampoco hay caso para el que crece mal. El viejo —teniendo yo ocho años—, me doy cuenta, creció mal.

Grita mi nombre. Maxi.

—Peínate.

—Sí.

Me peino. Con agua. Con peine. Horrible. Parezco un zapallo.

—¿Adónde vamos?

—*Adónde vamos, adónde vamos...* —me imita con sorna. La boca torcida a propósito. La lengua afuera al imitarme. Me muero de ganas de llorar.

Lo siento ofensivo, todo el tiempo. Él, por alguna razón que no llego a comprender, se ríe. Se supone que es gracioso. A mí no me parece.

—¿Te peinaste? —pregunta. Me mira. Es grande. Algo gordo. Sordo cuando quiere. Son las nueve. Ya tiene un cigarrillo en los labios. Se anuda una corbata. Parece apurado. Es raro. Él es raro. Es volátil. Estoy alerta, siempre. Todo es muy extraño. La casa es oscura. Afuera está cálido, pero adentro hace frío.

Me mira y me pregunta y no se da cuenta de que estoy peinado. Quizá no lo estoy como él lo estaría de ser yo. Se ve que no puede separar entre *él* chico y *yo* chico. Me cuenta que a los siete años ya se hacía el nudo de la corbata sin ayuda de nadie y que a los nueve ya tenía dos trabajos. Para que sepas, me dice. Y escupe: vago. Ningún chico de mi edad trabaja. Pero para él soy un vago y no hay manera de convencerlo de lo contrario. Ni siquiera de negociar un término medio. Vago.

Sigo con la sensación de que voy a salir a la calle y alguien me va a pegar por zapallo.

—¿Te vas a quedar ahí parado? ¡Andá! ¡Peínate!

—Me peiné. ¿No se nota? —le digo.

—Haceme el favor, carajo, peínate bien. Vamos a Casa de Gobierno. ¿Qué sos? ¿Un villero?

No soy un villero. Yo no. Los villeros son pobres como yo que viven en mi barrio —a una

cuadra exactamente— y a quienes me cruzo todos los días, pero, se supone, no soy un villero. Me enseñan eso constantemente. Odian a los villeros, mis padres; los odian, sobre todo, cuando estamos en casa. Conocen algunos. En la calle, los saludan con una sonrisa.

—¿A qué vamos a Casa de Gobierno? —pregunto.

No sé qué es Casa de Gobierno, pero lo oigo todos los días, también. Es el año 1987 y son las nueve. A esa hora podría estar mirando, en Canal 9, *Robotech* o *He-Man*. Más tarde, *Transformers*. Tenemos cuatro canales. Ni siquiera puedo mirar uno. Nunca. Siempre hay alguien que se instala a ver la tele antes que yo. Somos muchos. Somos siete. Odio las multitudes.

—Tomá. Ponete esta camisa.

Tengo ocho años y soy alto. Pero flaco. Mucho. Flaco y encorvado. Me da una camisa suya y ahí entiendo que no soy tan alto. Me baila. Me cuelgan las mangas. Yo me digo: cuando sea padre, y espero no serlo nunca, jamás dejaré que mi hijo parezca un pelotudo.

—Es muy grande, pa. Mirá las mangas.

—¡Ponetelá, te digo! —sigue con el cigarrillo en los labios, y está tan apurado que no puede hacerse el nudo.

—Pero es muy grande.

—¡Carajo...! —dice.

Me sacude un poco y termino por ponerme-la. Sí, es grande. Y es horrible. De todas sus camisas, la más repugnante. Me abotono las man-

gas y todo se infla en mis brazos. Ahora sí: soy un zapallo completo. Que venga el golpe.

2

Estamos llegando a la estación de San Isidro.

Después del colectivo, caminamos. Papá saluda al colectivero, le hace un comentario con una carcajada y el colectivero levanta las cejas. Me hace bajar por la puerta de adelante. Todos bajan por la de atrás, menos nosotros.

Cerca de la estación no es tan asqueroso, pero nadie se guarda los papeles en los bolsillos: los tiran. Uno detrás de otro. Papá también. Dice que, total, la gente que va para la estación no tiene educación. Que la gente con educación va en auto y vive en Lomas. No podés ser alguien completo hasta que no vivís en las Lomas de San Isidro, parecen decir sus ojos. Yo vivo en San Isidro, pero no en las Lomas de San Isidro. Lo pienso y lo repito. A veces, me queda claro. A veces, no.

San Isidro tiene a la villa La Cava. Un par de años después de ese viaje a Casa de Gobierno, me voy a enterar de que le dicen La Cava porque, allá lejos en el tiempo, cuando la zona no era para casas de chapa, había un lago. Donde está La Cava había un lago y me cuesta creerlo. Me resulta imposible: porque no puedo acercarme, porque no puedo observarla sin correr peligro. Está llena de negros, dice mi viejo, de negros de mierda.

«Chorros, asesinos, violadores, mucamas», así dice. Como seis kilómetros de desperdicio humano.

Mi casa no es las Lomas ni La Cava. Es alguna parte de San Isidro. Mi dirección, en la factura del gas, dice San Isidro. Pero se parece a cualquier barrio muerto con fábrica abandonada y perros abandonados en ella. Y todos pagan casas con sueldos que ya no salen de esa fábrica porque alguien que la manejaba se fue muy lejos y los dejó empantanados en ese desierto de ilusiones.

3

Entramos en la estación.

—Ahora te voy a mostrar cómo se hace para evitar al guarda. El guarda es el chanco, ¿sabés? El chanco te pide el boleto. Y nosotros no tenemos boleto —dice papá.

Tiene otro cigarrillo en la boca. Con un costado, fuma; con el otro, habla. Me dice que me ponga la camisa adentro. Es grande, le repito. Está adentro, pero se sale apenas y es tan grande que ya parece toda afuera. No me escucha. Me repite que me la meta adentro. Me lo dice con fuerza. Le pone un carajo. Se muestra apurado, ocupado. Les sonrío y les dice «buen día» a un par de cuidadores de la estación. Parece afable. Me pregunto si se darán cuenta de cómo es mi papá.

—¡Mirá! Prestá atención.

Llega el tren.

Subimos. Es de tarde y el día es hermoso. Me susurra. Para lo que es su voz, susurra. Pero, para cualquier mortal, es un grito hecho y derecho. *Hecho y derecho*, frase bien del viejo.

—En el furgón no vamos. Ahí van los negros, ¿sabés? Y ahí arriba —me señala la puerta que separa un vagón del otro— te dice si es vagón fumador o no fumador. Nosotros vamos al fumador, ¿‘tá claro?

Voy con él. Me lleva de la mano. Canta una estrofa de un tango. ¿Por qué no la silba, simplemente? Pienso eso y lo pido a los dioses de cualquier civilización. Que no cante. Qué vergüenza. Sigo con ganas de llorar. Me aprieta más la mano. Me siento peor. Con camisa gigante, corbata, el pelo mojado con agua y totalmente hacia el costado. Y tengo ocho pero parezco de doce, por lo alto. Y voy de la mano y siento vergüenza, más y más vergüenza. No me lleva: me arrastra. Otro chico viaja sentado —seguro que con boleto—: tiene una pelota en las manos, una Tango, una Tango genial, y su padre se ríe con él, y él se ríe con su padre. Les da el sol.

Yo sigo de la mano de mi padre. Huir del guarda. Esa es la cuestión.

—¿Adónde vamos?

—¡A Casa de Gobierno, te dije! Te voy a presentar mucha gente. Gente muy poderosa. Ya vas a ver...

—¿Y *ahora* adónde vamos? ¿Nos podemos sentar?

—Pero... te estoy...

Se traba en lo que dice cuando pierde la paciencia y se calienta. Toma aire. Bufa. Aprieta los labios y desliza un carajo. Estoy acostumbrado. No se enfurece tan seguido con la gente del mun-

do exterior. Quiero entenderlo, pero no puedo. Quiero llorar de rabia.

—Mirá —continúa—, esto es así: vos tenés que caminar para el lado que camina el guarda, ¿entendés? Si vas en dirección contraria, te agarra.

—Ah...

—Entonces lo seguís. Cuando pasás por al lado, seguís. Total, el tipo le pide boleto a los que van sentados.

—Ah... ¿Y por qué no sacamos boleto?

—¿Sos pelotudo vos? —Me mira y me da una bofetada, de esas suaves, como para despertar a alguien. Pero a mí me despierta otra cosa. No me gusta el juego de manos. Sólo conozco la rabia y la tristeza. No sé nada del resto, sólo que no me gusta que me toquen.

No pasamos la primera estación que ya estoy furioso.

Entonces nos cruzamos al guarda.

—Buen día —le dice mi viejo. Un ridículo.

El guarda —grande, cerca del retiro, desgana- do y extrañado— le devuelve el saludo con un rechazo que se siente en el aire. Y mi padre no tiene disimulo.

—¿Viste? —me dice. Parece excitado. Parece sentir que me dio la lección de mi vida. Viste, viste, viste.

Seguimos hasta el último vagón y me quedo nervioso. Contrariamente a lo que dijo, en ese lugar, en algún momento, nos van a pedir boleto. Lo sé. Nos sentamos en los asientos enfrentados. Quiero la ventana y no me deja. En los otros dos,

una señora grande —podría ser mi abuela— viaja sola. Y, a su lado, un tipo joven lee. Mi viejo abre la ventana y pregunta, señalándolos con el pucho:

—¿Les molesta si fumo?

La señora no dice nada. El pibe apenas levanta la cabeza y la sacude, pero mi padre ya está encendiendo el cigarrillo. Inhala. Cuando exhala, echa el humo hacia el día, pero el viento lo trae de vuelta y le da a la vieja y le da al pibe y mi padre, que me señaló el tema del cartel en la puerta del vagón, no hace caso de que en esta dice NO FUMADOR.

Me resulta extraño. Vagón No Fumador. Los vagones no fuman. Mi padre sí, por él y por los vagones.

Durante el camino a la estación Retiro —casi diez estaciones—, el viejo me da un discurso acerca de la vida y sus complicaciones. Todo lo que dice no tiene ningún sentido si no pagamos el boleto, pero él habla y no escucha.

Estamos llegando a Retiro. A mi derecha, el Itaipark. El gigante parque de diversiones. Me llegan los ruidos. La música. Ahí, ahí mismo, hay gente; tanta como es posible en ese espacio. Es la única multitud que me apetece. Hay manzanas con caramelo, pochoclos, garrapiñadas, también esos pedazos de nube de azúcar, pero no me importan. Sí los juegos. Las atracciones. Lo observo en todo su esplendor. Las copas de los árboles apenas si me permiten ver los aparatos más grandes, pero algo es algo. Ahí está la Montaña Rusa, el Desorbitador, el Teleférico. Me muerdo el labio. El Itaipark es genial.

Mi padre se da cuenta. Es rápido. Mira para un lado, mira para el otro. Todo el tiempo. En casa parece deprimido; es lento, ni siquiera vacía el cenicero; pateo al perro con inapetencia, apenas para que se lleve las pulgas a otra parte. Mira mucha tele. Opina a los gritos de todo. Se engancha con programas sin sentido. Mira fútbol. Le gusta mucho el fútbol; el fútbol y la política. Y cuando habla de fútbol le pone palabras políticas al partido, y cuando habla de política, habla como si se tratase de fútbol.

Y yo, que no puedo —aunque quiero— quitarle los ojos al Italpark, lo dejo al viejo darse cuenta.

—Ya te voy a llevar, ¿eh? Don Tomás me llamó el martes, ¿sabés? Don Tomás te quiere mucho. Siempre me habla de vos. Me dice que te va a mandar a Harvard, así que portate bien, que Don Tomás te manda a Harvard.

Don Tomás es Tomás Zanón. El dueño del Italpark y de la fábrica Zanón. Me pusieron Tomás por él, Tomás Zanón. Don Tomás, cuando mi mamá estaba embarazada de mí y a punto de tenerme, movió unos contactos y me hizo nacer en un hospital de categoría, en el Hospital Militar, me dijeron. La fábrica Zanón hace cerámica y nada tiene que ver con el Italpark, sólo que ambos son de él. Cuando los escucho hablar —es imposible no escuchar una conversación telefónica de mi papá— una cosa es blanca y la otra es negra. Cuando hablan del Italpark dicen cosas como «un bien nacional», «un monumento al país», «un lugar

para la familia». Pero cuando hablan de la fábrica, escucho: «Esos hijos de puta», «¿mejores sueldos? ¿Pero qué se creen esos negros de mierda?», «¡nada de huelgas! Les llevás a la gendarmería y se acabó, esos se creen que la democracia...».

Y cuando mi viejo me dice que me va a llevar al Itaipark, me dan ganas de ir, pero entonces me acuerdo de la última vez que fui, una tarde hermosa, inolvidable, que cuando les contaba a los chicos del colegio se morían de envidia. Me acuerdo de la tarde y sonrío; y me acuerdo de la noche, en casa, cuando llegamos, la noche, hasta muy entrada la noche y lejos, muy lejos del día... Fue horrible. Vino la policía. Los vecinos salían. Peor que salir con esa camisa y esa corbata un sábado. El diccionario, al lado de la palabra *vergüenza*, tiene mi cara de esa noche dibujada con lápiz.

Por otro lado, no sé lo que es Harvard, pero se la pasa diciéndome que voy a ir.

Tengo un hermano y tres hermanas. A ninguno les dice que Tomás Zanón los va a mandar a Harvard. Sólo a mí. Solo. Eso me gusta. Harvard o donde sea, pero solo. Somos muchos y la casa es chica. Aunque próximamente, dicen, estará en construcción para ampliar. «Total, la cerámica la tenemos gratis», carcajea papá. Mi mamá está contenta. Ya no respira de a ratos como alguien que se está por morir. Ya no vamos a dormir los cinco en ese hueco que tenemos como pieza. Eso debe tranquilizarla. «Ay, la taquicardia», empieza. «Ay, la taquicardia.» A veces me preocupa, pero otras veces no le creo.

El tren llega a Retiro y se bajan todos.

—Ahora, cuando llegemos a Casa de Gobierno, vos parate derecho. Cuando dicen Francisco Capomasi, todos se callan la boca. Me dicen *señor Capomasi*. ¡Señor Capomasi! Me respetan. Cuando me siento en la máquina de escribir, muchas personas se paran atrás... y aplauden. Eso se llama *reconocimiento*. Mis palabras las lee el Presidente. ¡El Presidente! Él mismo me dice... ¡Capo!, y me da un abrazo.

Todo lo dice con gestos. Tengo cosas en mi persona que no salieron de él, una es el mareo. Cualquier viaje y ya me da náuseas. Recién a los veinte aprendo a viajar sin marearme. A los ocho, vomito y a otra cosa. Y los gestos de mi viejo me marean, ahí mismo, en Retiro.

Se escuchan unos bombos, a lo lejos. Uno... Uno... Uno, uno, uno. Ese ritmo.

—¿Qué es eso, pa? —le pregunto.

—Están haciendo quilombo. ¡Leé el diario de vez en cuando! ¿Para qué lo compro? Vos leé el diario..., ahí está todo. Te aprendés la vida de pum a pam. Estos *dicen* que quieren laburo. ¡Si quieren laburo entonces por qué protestan! Porque no quieren laburar... Estos quieren que les paguen por boludear...

Nos acercamos al paso de guardas, más allá del tren.

Mi viejo intenta pasar por otro lado, pero lo paran.

—Señor —le dicen. Y se le ponen enfrente.

—El boleto, por favor —le dice otro.

—¿El boleto? Sí, está por acá... Tengo al pibe que quiere ir a vomitar al baño, ¿sabés? Se marea de nada, el boludo...

Después de un rato de buscar dos boletos que no existen, me deja mirando unas revistas en un puesto de la estación y gesticula como loco. Suenan los altavoces. Rechinan los frenos de las máquinas. Se escucha claramente el golpe de las puertas que se cierran. Parten trenes. Llegan. De eso se trata ese lugar. Y de tener cuidado con la billetera, también. Mientras tanto, les cuenta que es periodista de Casa de Gobierno, que el Presidente es su amigo, que lo respetan, que es el *señor Capomasi*. Yo clavo la mirada en *El Gráfico*. Parece normal poner el ojo en el fútbol cuando se quiere no pensar en nada.

—Pase, pase nomás, señor Capomasi —le dicen los guardas de la estación.

Me sorprende que los haya convencido. Nos vamos a Casa de Gobierno.

El señor Capomasi, cuando llegamos, tiene que esperar una hora conmigo, en la puerta de la gigantesca Casa de Gobierno. Tiene que esperar porque alguien tiene que dejarlo pasar como invitado, escucho. Me da vergüenza y me entristece al paroxismo que nada de lo que dice sobre él sea verdad. Él no es nadie y quiere ser alguien. Desesperadamente. Tanto parece soñarlo que nos dice

que ya lo es. Total, ya está por serlo. Pero lo miro encender un cigarrillo detrás de otro y mirar al suelo con tristeza y fuerzas, y ya no sé si cachetearlo como él a nosotros o dejarlo ser.

Ese alguien aparece a la hora y le da un abrazo. El guardia nos mira con mala cara pero a mí, después, me guiña el ojo. Todo eso de estar donde está el Presidente no me gusta nada. A mi viejo, sí; tanto, que no puede entender que a mí no me interese.

Esa vez, esa tarde, no miente. Pero no miente *solamente* porque no sabe lo que le espera de bueno. De haber sabido una décima parte, habría completado la historia mucho antes, en el tren. Y, por supuesto, nada de eso hubiera sucedido.

5

Esto es antes. Quizá antes que todo. Quizá antes que el sol, esa es mi sensación. Por el momento, con naturalidad, ando por la vida entendiendo que ser chico es ser turista de las pequeñas cosas del pequeño mundo de cada uno.

Tengo seis años. Me acerco a la pieza. *La* pieza, porque nada más hay una, aunque seamos cinco los hijos. Hay una pieza para dos, también, pero esos dos son los grandes. Me dicen que cuando uno es grande tiene habitación. Somos chicos. Cinco. Es el número que parece perturbar a todos en mi casa. Así que hay una pieza para todos. Ser adulto parece un privilegio. Ser chico, un castigo. Apenas hay que aprender a pasarlo. Pero todo

parece, nada es seguro. Ni los mandamientos, ni nuestra existencia, ni los vecinos, ni lo que somos o seremos. Al menos esa es la lógica según la distribución de habitaciones.

Está iluminada. Cuando hay mujeres, ellas se encargan de ponerle un poco de color a lo imposible. Papá dice que, si fuéramos siete hijos varones, el Presidente tendría que ser padrino del séptimo y el resto —económicamente hablando— se salvaría, también. Es la tradición del hombre lobo. Lo dice siempre, y yo me pregunto y busco por todos lados *de qué cosa no nos estamos salvando*, entonces. Y esa cosa está por todos lados, por eso no se ve.

Mamá dice que cuando nacimos no había Presidente, y papá le dice que se calle la boca, que sí había. Y ella se calla y sigue con las camisas. La cocina huele a lo que le pone a las camisas de papá. Eso, a la tarde. Después, a cigarrillo y vino.

En mi paseo como turista encuentro a mi hermana mayor, Claudia. Está con su amiga, Renata. Parecen hermanas. Se quieren, se abrazan. Hablan, susurran, se mean de risa. Tiene once años y escucha música desde que se levanta hasta que se va a dormir. Tenemos un tocadiscos que pesa una tonelada, pero ella se encarga de trasladarlo —cuando papá no está— del living a su pieza, nuestra pieza. No le decimos habitación. La llamamos *pieza*.

Cada dos o tres segundos, Claudia o Renata le dan un golpe al equipo para que continúe funcionando. Lo hacen con naturalidad. No pierden el hilo de la conversación. Ni siquiera se que-

jan ni dejan de mirarse a los ojos por ese detalle. Golpe. Pum. Sigue el disco. Suena la música. Escuchan la misma canción, una y otra vez. El que canta dice que hace frío y que está lejos de su casa y que esperó mil horas a una persona. Yo pienso: si esperó mil horas debe estar muerto de hambre, por lo menos.

Cuando se dan cuenta de mi presencia:

—¡Maxi! ¡Andá al patio! ¡Estoy hablando!

No termina de gritarme que ya está de vuelta en su conversación. Nada en la vida les gusta más que hablar.

Me doy media vuelta y voy al patio.

Hace calor. Es verano. Pateo una botella de lavandina, pero me aburre. Hace ruido y sé que van a venir a agarrarme de la oreja si sigo con ese bullicio. En nuestro jardín hay una puerta que conecta con el frente de la casa. Una puerta y un pasillo largo que tiene eco porque la pared de división con el vecino es alta. Es una pared que me causa tristeza. Parece la cara de un viejo, arrugada, con la pintura salida. Recuerdo una vez en que pasé por ahí y, justo, mis padres estaban gritándose. Sus gritos retumbaban y se expandían por todo el camino. Quizá la pared absorbe los gritos y se amarga y envejece, pienso, porque —ya lo sé— soy un imbécil. Siempre deseo que la habitación de los hijos del vecino no esté a la altura de ese pasillo porque, lo sé, así no van a poder dormir nunca.

Se acerca mi perra, Loba. Se sacude cerca de mí. La rasco. Me pica en el brazo una de sus

pulgas, pero la dejo. Se acerca y me lame la cara. Loba, mi perra. La encontramos en la calle una noche de lluvia. Es común que esté contenta con nosotros, pero tiene ojos tristes. Suena un tiro a unas cuadras. Suena fuerte. Podría ser un petardo, pero sé diferenciar entre un tiro y un petardo. Nací en este barrio.

En eso viene mi hermano. Martín. Viene corriendo. Embarrado. Tiene ocho años. Recién entonces entiendo que, por más tiempo que pase, siempre va a tener dos años más que yo. Nunca lo voy a alcanzar. Es mi hermano mayor, y así será por los siglos que vivamos.

Corre hacia mí y me da una patada voladora. Yo me río, pero no me gusta. Sabe que no me gusta, pero así nos manejamos. La patada me la da en la panza y lloro. Me dice maricón, y yo me enojo por el insulto, aunque no tengo idea de a qué se refiere con eso. Papá dice que Martín es una máquina de hacer cagadas. Se supone que se mete en problemas, entiendo. ¿Él no hace lo mismo, acaso?

Después me levanta y me dice que no le diga a papá. Yo le pego fuerte y él se ríe, como si no fuera nada, y me hace dar cuenta de que sí, soy un maricón exagerado. No le cuento a papá ni a mamá, quizá porque no están en casa. De todos modos, si estuvieran, y aun sin contarles que mi hermano me pegó, ellos acudirían igual ante cualquier suceso en el que Martín estuviera involucrado. Y lo retarían. No me gusta que lo reten. Lo hacen siempre, sin excepción. A ninguno lo

retan como a mi hermano. Por eso les ocultamos lo que hacemos. Igual que ellos nos ocultan a nosotros los problemas en los que se meten.

Después de un rato de hablar de nada y de juguetes y cosas así, le miro el pantalón. Está roto y se le cae. Y tiene barro.

—¿Qué le pasó al pantalón, Martín?

—Me caí. No le digas a papi y a mami, ¿eh?

—¿Dónde te caíste?

—En el arroyo de Lomas.

El arroyo de Lomas es una canaleta gigante que cruza las Lomas de San Isidro. Anda con Marcelo, un chico que conoce desde su jardín. «Marcelo no sabía que ese lugar existía», me dice. Mi hermano está obsesionado con ese lugar. «El agua está podrida y hay ratas», grita emocionado. «Hay casas muy grandes por ahí, y parece que nunca hay nadie. Nunca se ve gente, pero hay olor a comida por todos lados, al menos hasta que te metés en el arroyo y no podés respirar ni por la boca.» Eso dice del arroyo. «Apesta, pero tiene buena vista a los costados.»

Después nos dedicamos a jugar con unos camiones de plástico que, si los apretás, se abollan. Y si los hundís en el barro que armamos con el agua que regamos desde un balde, se les salen las ruedas.

Él se cambia el pantalón y, como tiene dos nada más, anda por un par de días con el mismo pantalón corto. El que tenía puesto cuando me dio la patada voladora, desapareció. Por suerte, es experto en eso.

Después de romper los dos camiones de plástico, escuchamos que abren la reja de adelante y corremos por el pasillo, peleando el primer lugar.

—¡El que llega último, se la come! —grita.

Empiezo a entender los códigos, pero más o menos. Nunca hay nada para comer, así que corro rápido. Imagino galletitas, pero, aun así, me gana.

Es mamá, que llega de trabajar. Está vestida de negro y de rojo y camina lento. Es flaca y no es nada alta. Para colmo, vive encorvada. Tiene una cartera que le cuelga del hombro y lleva una bolsa blanca de mercado, sin marca. Es el ochenta y pico y las cosas todavía se compran en cualquier lado, pero nunca en supermercados. Adentro hay algo.

—¡Qué nos trajiste! ¡Qué nos trajiste! —gritamos a coro, y repetimos el grito y saltamos de alegría.

—Nada, no es para ustedes —dice.

Le damos un beso y percibo un olor raro. Siempre tiene olor raro en la cara. Trabaja con el turismo, dice. En el colegio me preguntaron y tuve que anotar, para el día siguiente, en mi cuaderno: mi mamá es guía de turismo. Mi papá es periodista de Casa de Gobierno. Eso me lo escribió mi papá. Me sacó el cuaderno de las manos —a la noche, arrebatado, mientras miraba televisión— y lo escribió. Después me lo devolvió, cruzó las piernas y se concentró en un programa. A veces me resulta difícil entender cómo la silla aguanta su peso, viendo la manera en que se sienta. Pero papá debe saber que así no se va a romper. Por eso es el jefe de la familia; porque es inteli-

gente, dice mamá. Cada tanto, igual, aparece una silla rota; ceden las uniones. Alguien se cae. Y papá dice que es culpa de Martín así como nosotros, bajo otras circunstancias, decimos que fue el gato.

—¡Qué nos trajiste, ma!

—¡Nada!

Me doy cuenta de que hay una botella en la bolsa.

—¿Nos trajiste Coca?

—No, no es para ustedes.

—¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es? —insisto.

—Es para tu padre, Maxi. Basta.

—Ah... Es vino —digo.

Me da asco el vino. Así que la dejo seguir su camino. Una vez papá me dijo «*vení, vení, probá*». Me acercó un vaso a la boca y me hizo tomar.

—¡Tragá! —gritó.

Tragué, pero después estuve escupiendo dos horas. Horripilante.

Es verano y mamá trabaja todos los días hasta que empieza a hacer frío. Nunca nos lleva a la plaza ni a ningún lado porque trabaja. Nosotros, si queremos, vamos solos; pero no vamos. Era más divertido cuando nos llevaban mamá o papá. Me dicen que así era más divertido. Siempre nos dicen que nos llevaban. Una vez me tuvieron que jurar que nos llevaban siempre, porque ni yo ni Martín nos acordábamos. Sigo sin hacerlo.

Mamá se aleja con su compra. Martín se me acerca y me mira.

—No digas nada del pantalón, ¿'tá?

No digo nada y mamá no me pregunta. Se

sienta en la mesa de la cocina y abre la botella de vino y toma. Me olvido de que dijo que era para papá, y ella se habrá olvidado también. Toma de su vaso y mira la mesa. Yo llego perfectamente a la mesa y no hay nada para mirar en ella.

—Vayan al patio. Vayan a jugar —nos dice.

Entonces salimos al patio y jugamos a ver quién emboca las ruedas del camión roto en un balde de cemento que hay en el fondo. Loba nos mira, pero no nos molesta. Se levanta y sale a la calle. Siempre sale a la calle y siempre vuelve. Nunca la dejan dormir con nosotros y solamente la dejan entrar cuando llueve. Mi viejo dice que la quiere, pero vive pateándola. Dice que la perra nos cuida, aunque yo no la quiero solamente porque nos cuide. Pero papá sabe que hay muchas cosas de las que cuidarse. Cosas de afuera, muy malas. Los negros de mierda, si le pedimos un ejemplo.

6

Sigue siendo verano y todavía tengo seis años.

—Mañana es Navidad —dice mamá.

Yo ya había visto el árbol, y me imaginé. Sabía que era para eso, y sabía que en algunos lugares podía haber regalos.

El año pasado habíamos ido a la casa de una abuela de mi mamá. Una abuela o amiga de su abuela. No entendía muy bien. Porque la mamá de mi mamá había muerto, o sea que yo no tenía abuela de parte de mi mamá. Eso me lo había



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

**Podés adquirirlo en www.factotumediciones.com
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?